



Comparto con Melville la pasión por las ballenas. Siendo el ser más grande del mundo, su majestuosidad oculta algo de frágil cristal, su mirada delata una pena insondable y su canto trae los lamentos más profundos del mar. José María Pou es también el más grande en el escenario; imponente de presencia y de voz, pero con una sombra muy humana de angustia en el corazón. Su capitán Ahab es el gran capitán. Y es al mismo tiempo la gran ballena blanca, un ideal de maestría tan ansiado como inalcanzable para todos los demás. No sé si su mejor trabajo, pero sí uno enorme para recordarle en todo lo alto: allí en la proa del Pequod, solo y firme frente al océano, persiguiendo lo imposible. Actores así, capaces de asomarse al abismo sin perder el temple, son los que hacen crecer el teatro, arriesgar y traspasar sus límites y convertirlo en una ceremonia de hombres mejores.

Ni el bueno de Gregory Peck a lomos de la ballena asesina alcanza esas cotas de dramatismo, porque 'Moby Dick' es mucho más que la mera novela de aventuras a que el

JONÁS SAINZ
CRÍTICA DE TEATRO

EL GRAN CAPITÁN



cine y tantos editores trataron de reducirla para consumo masivo de sardinas en lata. El mismo libro es un monstruo marino imposible de domeñar aguardando en la biblioteca a que un lector temerario se atreva a lanzarle su arpón. Juan Cavestany lo ha hecho y, partiendo de un texto descomunal, ha reescrito una versión teatral que, sin prescindir completamente de la acción, escoge bucear en la personalidad obsesiva y despótica de Ahab y quiza en nuestro fanatismo. Ese tirano marca el nivel de obediencia ciega que somos capaces de tolerar.

«Yo no estoy loco –exclama–; yo soy la locura enloquecida». Pero el paradójico personaje, héroe y villano a la vez, parece cuestionar si es locura sostener dos ideas opuestas: saber, por ejemplo, que el destino no tiene remedio y, al mismo tiempo, estar dispuesto a cambiarlo con

total determinación.

El Ahab de Cavestany es shakesperiano hasta la calavera y Andrés Lima lo rodea de la atmósfera propia de un Hamlet, desde la pesadilla recurrente de soñar con la propia muerte hasta la muerte misma, cumpliéndose a lomos de la ballena la improbable profecía de la soga del ahorcado.

No sé qué es más difícil de subir a un escenario, si el mar, la ballena o el barco, pero yo sentí todo el Bretón con sus mil almas a bordo del Pequod doblando el cabo de Buena Esperanza en manos de un marino sediento de venganza de la bestia que le dejó tullido. Impresionantes las escenas acompañadas de proyecciones de Miquel Àngel Raïó y una ambientación casi operística de Jaume Manresa: cuando el capitán convoca a la tripulación en cubierta para ofrecer una recompensa



'MOBY DICK'
Texto: Juan Cavestany, basado en la novela de Herman Melville. Dirección: Andrés Lima. Intérpretes: José María Pou, Jacob Torres y Oscar Kapoya. Producción: Focus. Teatro Bretón, 3 de noviembre. 39º Festival de Teatro de Logroño

y se adivina a los hombres entre el velamen; o cuando Ahab tiene un fugaz asomo de mala conciencia mientras va saliendo sobre el horizonte una inmensa luna; o al desafiarse la tempestad encomendando su empresa al demonio; y especialmente en las tres jornadas de caza de la ballena con el capitán en pleno climax demente y Moby Dick saliendo a la superficie para mirar cara a cara a su enemigo mortal.

Solo dos actores, Jacob Torres y Oscar Kapoya, hacen presentes a Starbuck, Pip, Ismael y otros marineros. Suficiente para que el capitán pueda apoyarse en su ayudante más fiel y mirar a los ojos de los hombres, «que es mejor que mirar al mar y que mirar a los ojos de Dios». Y, sobre todo, suficiente para no despreciar la icónica frase que abre la novela y aquí pone el broche final: «Llamadme Ismael».

El es el único superviviente de la hazaña suicida del capitán Ahab. Y junto a él, nosotros somos testigos de la proeza de José María Pou. El gran capitán que nos conduce al fondo de nuestro propio abismo. Aquello que más nos espanta es lo que buscamos con más afán.